

Recuerdos de Carlos Droguett

Ribe

Durante un lustro o poco menos creo haber sido buen amigo de Carlos Droguett. Esto, entre los años 1965 y 1969. Droguett era hombre de entusiasmos intensos. Casi vehemente. Cuando lo conocí estaba construyendo, a paso lento por falta de recursos económicos, un amable bungalow en una pequeña calle a Los Pozos, y a Hernández de Magallanes, en Las Condes. Muy madrugador, salía tempranísimo de su morada en Mansed de Salas 2157, Notifica, y se dirigía a inspeccionar las faenas de su nueva propiedad. Era frecuente que, por la cercanía de mi casa, me dedicara su primera visita de la mañana con el compromiso de acompañarlo al desayuno en la suya.

A las 8 en punto hacia sonar el timbre y me arrancaba del sueño con el grito algo estrangulado de "¡Orrego!". Como era un hombre serio, grave, que gustaba sobremanera de las payasadas, estas adquirían en él un tono dramático. Lo de "Orrego" provenía de un relato breve que yo había publicado en la prensa y que él, siempre regista y disconforme, había considerado estimable.

Se sabe hasta el cansancio que, por

lo general, Carlos Droguett no tuvo buenas tratos con muchos de sus semejantes. Por ejemplo, a través de los trámites y gozos con Alfonso Calderón a propósito de la publicación de "El compadre" por la editorial Joaquín Mortiz, creí percibir una antigua y gran amistad entre los dos escritores. Nada. En 1973, ya producido el golpe militar, me enteré del bochorno sufrido por Calderón en un acto público ante los aquejos intempestivos de Droguett, que acusaba a medio mundo de estar colaborando con el régimen.

Andando el tiempo tomé nota de por qué Droguett había decidido levantar su nueva vivienda en las vecindades de Magallanes. Allí, en esquina con Los Pozos, había vivido por período inmemorial un enorme santo de sus devociones: Juan de Luigi Rossi, crítico, periodista, polemista, ciclista, atleta, campeón de esgrima y de tiro de pistola en su juventud. Otros santos, por ese entonces, de la devoción de Droguett: Pablo de Rokha, a quien visitaba sin fatiga, y el autor de "Ifejo de ladron", Manuel Rojas. Curiosamente, Manuel Rojas no mostraba mayor simpatía ni por Pablo de Rokha ni por Juan de Luigi. Pablo de Rokha, en ocasión del distanciamiento de Juan de Luigi de Pablo

Neruda, cobró inmenso interés por todos los avatares del crítico. Juan de Luigi, dicho en humanidades, no vaciló en reconocer en Droguett la hebra del narrador admirable.

Recuerdo que en los grupos intelectuales de mi lejana adolescencia, todos tocados por la varita mágica del surrealismo, la posición de Droguett dentro de la "Antología del verdadero cuento chileno", de Miguel Serrano, era la más vulnerable. Su relato "El señor Vida" nos pareció expresión de un realismo trastocado. Pero esto Droguett, a simple vista, tenía pacto con el diablo. Pasados los años, no bien conocí del todo, se permitió reprochar la negligencia con que habíamos hecho la lectura de sus primeras narraciones. Su intuición de las fuerzas corrotivas del universo era poderosa. No fallaba nunca. Por eso a la hora de los disturbios que demoraba en proclamarse ofendido.

Hombre de cascara dura, como dicen, al comienzo no tuve claro por qué se peleaba repentinamente conmigo. En un acto en el Teatro Municipal con motivo del Encuentro Latinoamericano de Escritores de 1969, cargado de polvora hasta los topes, le pidió en voz alta a Pacheco, Ministro de Educación, que me "ordenara" hacer no sé qué cosa.

Delante de Pacheco le respondí con otra panochaada. Se retiró al punto de esa reunión, según dije, por falta de garantías para la libertad de su pensamiento. Al día siguiente, como en una ruptura de amores desdichados, me envió una escueta esquela en que me exigía la devolución inmediata de todos los libros en préstamo. A varios amigos, ya fuera de Chile, les hizo llegar después postes sobre mí persona.

En 1969 me había pedido, en mi calidad de presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, que usara mis oficios para elegir al R.P. Alfonso María Escudero, "a quien nunca mencionan para nada", en el jurado del Premio Nacional de Literatura. Propuse el nombre del padre Escudero, pero el directorio acordó cambiármelo por el de otro cura: José Miguel Ibáñez Langlois. Tardé bendito alabado yo me di cuenta de que el voto de Escudero habría sido para Droguett, como efectivamente el de Ibáñez Langlois acabó siendo para Nicás Parra.

Pienso que Droguett no creyó nunca en mi inocencia. De ahí la extensión de su ojeriza. Guardo varias cartas suyas escritas desde diversos lugares del mundo en lo mejor de nuestra amistad. En ellas, obviamente, vuelan plumas.

12/12
36/10

(Último) boleto 30-XI-(448 p-6)

Recuerdos de Carlos Droguett [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recuerdos de Carlos Droguett [artículo] Filebo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile